

Prólogo

Reflejando la luz del fuego del hogar, el dorado y cordial brebaje cayó en brillantes y danzarinas cascadas en las copas que lo aguardaban. Cada copa fue debidamente agitada y el líquido debidamente admirado y oliscado por narices muy acostumbradas a ese tipo de trabajo. Manos experimentadas llevaron las copas a los labios para consumir confiadamente su contenido con toda la expectación de un saludable eructo y golpes en la mesa para manifestar el aprecio.

Esta vez, los golpes en la mesa posteriores a la cata indicaron menos aprecio que en otras ocasiones.

—¡Por el fuego del infierno, Magda! —bramó una de las catadoras, escupiendo la bebida en el suelo e inspirando bocanadas de aire.

Magda, mujer de avanzada edad, de cabellos blancos y rostro dulce, que aun no se había tragado la cerveza bien fortalecida con hierbas, la retuvo en su boca, con los ojos agrandados.

—¡Díselo, Berengaria! —dijo la otra, mirando a la tercera ocupante de la habitación—. Dile que jamás logrará preparar una poción decente.

Berengaria se sirvió un poco de vino para pasar el mal sabor de la bebida, pero se abstuvo de criticarla.

—Sólo le falta endulzarla un poco, Nemain.

—No hay abeja en este lado del infierno que pueda hacer una miel capaz de convertir esto en algo bebible —gruñó Ne-

main. Volvió su atención a la desventurada fabricante del brebaje—. Trágate eso, monja tonta.

Magda agrandó aún más los ojos.

Nemain, que no era dada a emplear palabras cuando era más efectivo actuar, le apretó la nariz.

Y se la apretó con más vigor que el que habría sido necesario, observó Berengaria, pero el apretón consiguió el efecto deseado; Magda tragó, desesperada, y tosió, arrojando el poco de poción sobre el vestido de Nemain.

Ah, bueno, habría represalias dignas del infierno. Antes que empezaran a volar las maldiciones e insultos, Berengaria se levantó y salió de la lujosa habitación que compartía con sus compañeras; no tenía ningún sentido encontrarse a la vista de Nemain si no era absolutamente necesario.

Bajó la escalera y atravesó la sala grande, sonriendo e inclinando la cabeza ante las personas que la saludaban. Era extraño, pensó, que por lo general la acogieran tan bien en el castillo de un señor. Sus ocupaciones predilectas (partera, curandera o bruja, según quien diera su opinión) daban ciertos motivos para que la rechazaran. Pero claro, normalmente residía en Blackmour, lugar donde abundaban las almas de reputación tan negra que la de ella era blanca en comparación.

Cuando salió de la sala se tambaleó un poco ante la fuerza con que los acontecimientos futuros alejaron su visión de lo que la rodeaba. Cuando llegó al jardín, sus ojos ya no veían lo que tenía delante sino algo más allá de las murallas del castillo.

Era la visión de una jovencita, una muchacha muy redondeada con una nube de cabellos rubios y unos ojos tan claros que casi daba pena mirárselos. Haciendo un esfuerzo para ver lo que aún no se le revelaba, vio a los acompañantes de la muchacha: tres doncellas que venían riendo como unas bobas

y un joven caballero encargado de protegerlas a las cuatro. Observó con más atención al grupito, pero no recibió más iluminación. ¿Estaría comenzando a perder su don? Tal vez las canas que adornaban su coronilla no indicaban sólo el final de su juventud sino también la mengua de sus poderes.

Cuando volvió en sí, se encontró mirando los primeros y frágiles brotes de primavera. La visión tenía que ver con cosas que iban a ocurrir en el castillo, de eso estaba segura. ¿Pero quién era la mocita? ¿Y quiénes sus acompañantes? ¿Cuándo llegarían, y qué problemas traerían con ellos?

Bueno, eso era un misterio, seguro, pero no uno que ella pudiera resolver en esos momentos. Sin duda le vendrían más intuiciones a su debido tiempo. Por el momento, arrancar unas cuantas malas hierbas sería un trabajo bastante digno de ella.

Su trabajo se vio interrumpido bruscamente por la llegada de un alma bulliciosa y enérgica que tenía el más insalubre don de saber exactamente qué planta tenía ella a la vista. El pequeño le sonrió, dejando ver huecos entre sus diente-citos, y, lanzando un chillido, se abalanzó sobre la única planta que estaba creciendo con cierto vigor.

—Una bebía —declaró, tendiéndole una ramita de ruda con sus tiernas hojas arrugadas—, pa mí.

¿Quién era ella para resistirse a esa orden?

—Sí, Robin, mi señor. Te haré una bebida, pero no de eso. Esto es muy amargo, haría daño a tu dulce personita. Vamos a buscar algo más sabroso, ¿eh?

Robin asintió entusiasmado y empezó a arrancar enérgicamente todos los brotes verdes a los que llegaban sus manitas. Berengaria se apresuró a desviarle el interés hacia otras plantas; no había mucho para elegir, pero sí unas cuantas hierbas buenas para prepararle una infusión que no acabara con él antes que le llegara su hora.

Pero incluso mientras guiaba con sumo cuidado las manos del curioso heredero de Blackmour, estaba distraída por lo que había visto. La preocupaba tremendamente no poder adivinar quién era la muchacha de su visión, ni qué la afligía. Acompañada por tres criadas y un caballero, ¿qué podía afligirla?

A no ser que no fuera la muchacha la que necesitaba ayuda.

Examinó mentalmente a las muchachas de su visión y las descartó. Eran unas niñas tontas, sus almas llenas de las normales preocupaciones y rencores debidos a mezquinas envidias y celos. No, no había nada digno de nota en ellas.

Pasó la atención al caballero, y sólo le llevó unos instantes darse cuenta, sorprendida, de que este no era en absoluto lo que parecía ser.

—Bedengadia, ¡ya!

Berengaria volvió en sí misma y asintió al pequeño.

—¿Nos vamos a la cocina?

Robin le cogió la mano y empezó a tironearla de vuelta a la torre del homenaje. Berengaria lo siguió de buena gana, ya totalmente satisfecha por tener una idea de quiénes podían ser los actores de los acontecimientos de un futuro próximo. No le costaba adivinar cuáles serían sus papeles, y se sentía feliz al ver desencadenarse esos acontecimientos tal como debían. Aunque sospechaba que podría haber otras personas en Blackmour que se sentirían menos que contentas por la llegada de ese grupito.

Ah, bueno, ese era el curso que seguía el verdadero amor.

Pero estando ella ahí para ayudar a los pies vacilantes por ese camino, ¿cómo podía ser otra cosa que agradable y bastante tranquilo ese viaje?

—Bedengadia, ¡ya! —dijo Robin, en un tono imperioso que habría complacido inmensamente a su padre. Pasado un

instante, exhaló un suspiro—. Pod favod —añadió, de un modo que también habría complacido a su padre.

Berengaria le revolvió afectuosamente el pelo.

—Perdóname, pequeño. Estaba distraída por otras cosas, pero ahora soy totalmente tuya para el resto de la mañana.

Él emitió un largo suspiro de sufrida paciencia, bien impresionante, pero lo estropeó sonriéndole y echando a correr por la sala, para que ella lo siguiera.

Ella reprimió el deseo de echarle una última mirada a su visión. En ese momento sus esfuerzos estarían mejor empleados en impedir que el pequeño Robin se envenenara. El futuro se desarrollaría como quisiera; ella no podía hacer nada en eso.

Pero sí podía ofrecer su ayuda donde se necesitara, y eso haría.

Sospechaba que el joven caballero que había visto necesitaría de toda la ayuda que ella pudiera darle.

1

Resplandeció el chorro de la bebida de delicado color al caer de una botella recién abierta en una copa de graciosa talla. Una vez en la copa, la bebida fue debidamente agitada, admirada y oliscada por una nariz experta en oler ese tipo de cosas para juzgar su calidad y digestibilidad. Después vino un pequeño sorbo, titubeante, no fuera a ser que la bebida no supiera tan bien como olía. A ese sorbo siguió el rápido consumo de todo el contenido, y la copa se volvió a llenar, por la mano de una de las leales damitas que estaban cerca. Era una escena que sin duda podría estarse repitiendo en cualquier número de castillos de Francia en una noche como esa; una escena sencilla, una escena que ningún alma habría considerado fuera de lo común.

Lo que la hacía especial era que la bebedora, Sybil de Maignelay-sur-mer, no era una borrachina, a pesar de la frecuencia con que le volvían a llenar la copa. Sus damas no eran exactamente damas, sino criadas elevadas de posición para que acompañaran y atendieran a la menor de las ocho hijas de Maignelay esa noche, que era la víspera del día en que ella dejaría la casa paterna al amanecer para adentrarse en la penumbra e ir a reunirse con su prometido. Y el alma que estaba apoyada en la pared observando la escena no era un valiente caballero preparado para defender a la lady Sybil contra todo enemigo, sino una muchacha que se escondía bajo una

cota de malla y medias de hombre con la expresa finalidad de evitar justamente el destino que Sybil no tenía ni el valor ni el ingenio para evitar.

Apoyada en la pared, a punto de desplomarse de agotamiento y angustia, Aliénore de Solonge estaba pensando cómo se las había arreglado para encontrarse atrapada entre muchachas que parecían empeñadas en alargar lo más posible la tortura del día y por lo tanto, con o sin intención, causarle el mayor sufrimiento posible a su lastimoso ser. ¿Por qué esas muchachas no se emborrachaban a fondo de una vez por todas para poder ella escapar y por lo menos olvidar su apurada situación con unas pocas horas de apacible sueño?

El día ya le había resultado interminable, con todas las idas y venidas para traer cosas de comer, acarrear las costuras, llevar los diversos recados, e ir a buscar más comida todavía. Pero esas eran las tareas que le permitían mantenerse alejada la mayor parte del tiempo del resto de las personas del castillo, y por eso las agradecía. Al fin y al cabo, mantenerse oculta era la manera de mantenerse viva, por lo que aprovechaba todas las oportunidades para continuar disfrutando de ese estado. Por el momento, pensó, debería contentarse con seguir apoyada en algo firme, contemplar a sus protegidas mientras engullían lo que acababa de traerles y esperar que no necesitaran nada más de ella esa noche.

Por desgracia, esa holgazanería le daba tiempo de sobra para meditar no sólo en el futuro de Sybil sino también en el suyo propio. Y puesto que su limitada libertad se acabaría junto con la de Sybil cuando las dos se convirtieran en propiedad del marido de esta, ¿era de extrañar que de pronto sintiera la fuerte tentación de echar a correr chillando por el corredor y escapar por las puertas del castillo? Tenía la im-

presión de que su vida, que durante varios años había sido sólo un poco más que insoportable, estaba destinada a ser absolutamente intolerable.

Y como si eso no fuera ya un tormento, acababa de empezarle una feroz comezón entre los omóplatos. Deslizándose la espalda por la pared, la apretó contra el marco de la puerta y la frotó vigorosamente; su cota de malla hizo un horrendo chirrido por lo que tuvo que parar el movimiento, no fuera que el ruido atrajera la atención de Sybil, y la enviara a hacer otro ridículo recado más. ¿Cómo se las arreglarían los hombres para rascarse ese tipo de picores? Un palito podría servirle, si tuviera uno a mano. Desgraciadamente, lo único que tenía en el momento era su espada, pero no se creía capaz de sacarla de su vaina y mucho menos de deslizársela por la espalda para rascarse sin cortarse en rebanadas.

Suspirando, volvió a apoyarse en el marco de la puerta, tratando de no hacer caso de la molestia. No le servía de nada lamentarse. Su situación era obra de ella misma, y no la desagradecía. Ciertamente era preferible a la alternativa, que era casarse con el hombre más aborrecible y aterrador producido por Inglaterra.

Sí, era capaz de soportar el picor hasta la vejez para escapar de eso.

—Sir Henri —graznó Sybil, levantando la copa y mirando con ojos soñolientos a Ali—, la botella está vacía.

Ali pestañeó, cayendo en la cuenta de que le hablaban a ella. Ya debería resultarle más natural el nombre elegido, aunque no lo pensó mucho cuando lo eligió. Cuando iba huyendo de su casa, consolándose pensando en la valentía e inteligencia de su tocaya Aliénore de Aquitania,* le pareció ló-

* Leonor de Aquitania. (*N. de la T.*)

gico dar el nombre de su cruel marido Henry Plantagenet a la primera persona que se lo preguntó.

—¿Sir Henri? ¿La botella? —insistió Sybil y levantó la copa con el brazo tembloroso—. Y la copa también está vacía.

—Sí, milady, ya lo veo.

Una de las criadas dio un golpe en el suelo con el pie, mirando a Ali furiosa.

—Id a buscar más —ordenó—. ¿No veis que está desesperada?

En realidad Ali veía muchas cosas, y una de ellas era que a la damita más parlanchina de Sybil le iría muy bien una clase de buenos modales. Una lástima que ella escasamente lograra mover un poco la espada, si no, podría haberse dedicado con gusto a esa tarea.

—Más vino —dijo Sybil en un débil susurro—. Y unos cuantos pasteles recién hechos por el cocinero, si es posible. Creo que estoy un poco mareada.

Ali asintió y salió del aposento antes que se alargara la lista de Sybil. Por lo menos, yendo a buscar comida no tendría que escuchar más elucubraciones sobre quién sería el marido de Sybil, los horrores del matrimonio, o la posibilidad de que el marido no tuviera una despensa bien provista.

Lógicamente, esa posibilidad era lo que más aterraba a Sybil.

Caminó a toda prisa por el corredor, dejando de lado su acostumbrada cautela, ansiosa de cumplir rápido el cometido para por fin ocuparse de que Sybil se fuera a la cama y entonces tal vez descansar un poquitín ella. No había manera de saber dónde iría a vivir Sybil, puesto que su padre no había dicho ni una sílaba acerca de su elección de marido para ella. Lo juicioso sería descansar todo lo que pudiera, mientras pudiera. Sólo los santos sabían cómo podría cambiar su vida al día siguiente.

Debería haber tenido un plan. Y no era que no hubiera intentado formarse uno, porque había tenido tiempo de sobra para hacerlo durante esos dos años pasados en Maignelay-sur-mer. Pero urdir planes no era algo que hiciera bien, ni a gusto.

Nunca tuvo esa necesidad en su juventud. En ese tiempo su situación era la misma de otras muchas hijas de señores, en que sus decisiones más urgentes se limitaban al color del hilo para bordar o si ponerse el vestido de mangas largas o el de mangas puntiagudas con volantes. Acababa de llegar a su décimo verano cuando murió su madre, y eso redujo repentinamente sus opciones a una sola: eludir a la mujer con que se casó su padre después.

Y así se pasó nueve años, haciendo todo lo que estaba en su mano para evitar la cruel lengua de Marie de Solonge y su vara aún más cruel; y todo eso mientras su padre vivía encerrado en sí mismo, sin ver nada de lo que ocurría a su alrededor. Entonces ella suponía que su vida no podría empeorar.

Pues, estaba equivocada.

Llegó la noche, hacía dos años, en que Marie anunció que ella estaba a punto de entrar en el agradable estado del matrimonio con un inglés.

El Carnicero de Berkhamshire, para ser exactos.

No tenía muy claros los recuerdos de lo que pasó después de ese anuncio; estaba bastante segura de que se echó a llorar. Estaba casi segura de que su padre se escapó de la habitación, dejando a Marie la desagradable tarea de convencerla de que esa elección era la mejor que se podía hacer. Y tenía la casi seguridad de que Marie realizó esa tarea a su manera acostumbrada: los verdugones que le quedaron para demostrarlo le duraron dos semanas.

Lo que sí recordaba con nitidez absoluta era el terror de los días siguientes. Marie no perdía ninguna oportunidad para re-

petirle todos los rumores que se habían vomitado aquí y allá respecto a Colin de Berkhamshire, todas las historias de horror, todos los comentarios sobre su infinita crueldad. Y después de haberlos oído todos, sin tener ningún motivo para dudar de nada de lo oído, tomó el único camino que le quedaba.

Huir.

Una noche en que Marie estaba bien borracha, aprovechó para escapar. Su primer golpe de suerte fue encontrar a uno de sus hermanos inconsciente y desnudo en el establo, donde sin duda había estado en su ocupación habitual de darle un revolcón a alguna de las criadas. Le robó la cota de malla, la espada y el caballo. A ese placer lo siguió la angustia de tener que sobornar a los guardias de la puerta con un collar que le había regalado su madre, el único objeto de valor que poseía.

El resto de su viaje estaba mejor olvidado, porque se le hizo interminable. Al cabo de dos días no tuvo más remedio que dejar libre al caballo de su hermano, no fuera que lo reconocieran y...

Agitó violentamente la cabeza para quitarse los recuerdos de esos peligrosos días. Estaban mejor en el pasado, donde les correspondía estar. Lo que sí era digno de recordarse era cómo la rescató la madre de Sybil, que había salido de cacería. Lady Isabeau la invitó a acompañarla a Maignelay-sur-mer, donde le asignó la nada exigente tarea de ser guardián de Sybil. Sí, debía estar agradecida de eso.

Pero ahora que ya no estaría bajo los vigilantes ojos de Isabeau, ¿quién sabía qué futuro la aguardaba? No soportaba pensarlo.

Bajó corriendo la escalera y ya estaba a medio camino por la sala grande cuando cayó en la cuenta de que la sala no estaba tan vacía como habría esperado a esa hora de la noche.

Peor aún era la identidad de sus ocupantes.

Humbert de Maignelay-sur-mer estaba sentado a su mesa superior con una copa en la mano; cerca de él estaba sentado Ralph de Beaumont, su fiel aliado, con su copa. Y junto a Ralph, completando el trío de poderosos señores, estaba nada menos que Denis de Solonge.

Su mismísimo señor padre.

Bruscamente detuvo la carrera y miró desesperada en busca de un lugar donde esconderse. Sólo vio los rincones en sombra, no lo bastante oscuros. Bueno, mejor eso que quedarse en el medio de la sala. Echó a caminar sigilosamente hacia la derecha. En ese momento, el señor de Beaumont se aclaró la garganta y la apuntó.

—Eh, tú, ven a servirme más vino —ordenó en tono imperioso.

De pronto Ali se sintió paralizada; no sólo no podía moverse, sino tampoco respirar. Lo único que fue capaz de hacer fue mirar a Beaumont, aterrada. Si llegaba a reconocerla...

—Condenación, hombre, ven aquí —dijo Beaumont, impaciente—. No te daré de palos, aunque el deseo de hacerlo es potente en este momento.

Comprendiendo que no tenía otra alternativa, Ali avanzó hacia la mesa con el mismo entusiasmo que habría sentido al ver un campo lleno de caballeros furiosos empeñados en atacarla. Dio la vuelta a la mesa hasta colocarse detrás de lord Ralph y cogió su botella de vino. Logró acercarla a la copa sin ningún incidente. Dentro de un instante o dos podría escapar, antes que su padre levantara la vista y viera quién estaba sirviendo a su camarada.

—Así pues, Solonge —dijo Beaumont, en medio de un fuerte eructo—. Puesto que Maignelay no nos quiere decir con quién ha comprometido a Sybil, hablemos de tu Aliéno-re. ¿Cuánto tiempo hace que huyó? ¿Dos años?

Ali hizo un movimiento brusco; el vino rebasó el borde de la copa y comenzó a correr por la mesa. Beaumont soltó una maldición, apartando con la mano el vino derramado.

—Tonto torpe —protestó, mirándola furioso. Entonces la miró con más atención y frunció el ceño—. Vamos, este aún no tiene edad para ser escudero, Maignelay. ¿Es que ahora haces caballeros a niños recién destetados?

El padre de Sybil se encogió de hombros.

—Mi señora lo encontró con sus espuelas en la mano. No le hizo ascos a cuidar de mi nena. Ese ya fue un buen motivo para quedármelo.

—Minino mimado con cara de niña —dijo Beaumont.

Ali hizo una profunda reverencia a lord Maignelay y escapó antes que Beaumont pudiera hacer más comentarios sobre sus facciones tan querúbicas y poco masculinas, aunque bien manchadas con polvo y hollín, y antes que su padre levantara la vista para decidir si Beaumont tenía razón o no. Con la mayor rapidez que pudo se dirigió a la cocina, obtuvo lo que había ido a buscar y al volver se detuvo ante la puerta de la sala grande. ¿Qué podía hacer para evitar a esos tres? Gracias a los santos, su padre nunca viajaba con Marie, porque un encuentro con ella tendría por consecuencia algo más que derramamiento de vino, seguro.

Y entonces ocurrió un milagro.

Los hombres se levantaron y se despezaron. Al parecer, se les había acabado el vino y también los temas de conversación. Los observó darse palmadas en la espalda varias veces y luego salir de la sala. De todos modos, descubrió que sus pobres piernas se sentían incapaces de llevarla con esa misma facilidad por esa inmensa sala; su única alternativa parecía ser quedarse apoyada en la pared y esperar a que las rodillas dejaran de temblarle.

Por todos los santos, qué tonta había sido al creer que había pasado todo el peligro y que una cota de malla la tendría a salvo.

Bueno, por lo menos al día siguiente escaparía con Sybil. De alguna forma encontraría la manera de hacerse una vida propia, lejos de su madrastra y de su ex prometido.

Aunque no sabría decir cómo haría todo eso sin tener ninguna habilidad ni monedas.

Contempló la sala hasta que estuvo segura de que ninguno de los tres hombres volvería a disfrutar de sus mínimas comodidades, hizo acopio del valor que le quedaba y la atravesó. Subió la escalera y echó a andar por el corredor hacia el aposento pensando si sería posible que empeorara su noche antes de lograr buscar su cama.

Se detuvo ante la puerta, levantó la mano para golpear, y en ese preciso instante alguien abrió la puerta desde dentro.

—Sybil, cariño, sólo me resta desearte la mejor de las nupcias —dijo Marie de Solonge, empezando a salir por la puerta.

Ali alcanzó a meterse en un entrante de la pared en el momento en que su madrastra salía al corredor. Temió seriamente que igual podría ponerse a vomitar. ¿Cómo había llegado Marie allí? ¿Y por qué justamente en esos momentos, cuando ella estaba tan cerca de escapar de esa mujer para siempre?

—Marie, que paséis muy buena noche —dijo la madre de Sybil—. Nos alegramos mucho de que hayáis venido con vuestro marido.

—Qué amable, lady Isabeau —repuso Marie, con esa voz que Ali reconoció como la que empleaba cuando quería hacerse pasar por la gran dama que no era—. Me alegra tanto estar aquí para despedir a Sybil cuando emprenda su viaje, adonde sea.

—Ninguna de nosotras lo sabe —dijo Isabeau, con una risita—. Humbert no ha querido decir nada sobre esto.

—Sin duda el marido de Sybil será uno bueno. Después de todo, ¿qué padres no desearían al mejor de todos los hombres para su hija?

Ali reprimió un bufido. Lo único más sorprendente que la crueldad de Marie era su capacidad para disimularla, pensó. Y entonces todo pensamiento la abandonó bruscamente al ver a Marie echar a andar por el corredor en dirección a ella.

Se le reseco la boca.

—¡Marie! ¡Esperad, milady! —exclamó Isabeau, corriendo a cogerla del brazo—. Os acompañaré para ver que estéis cómoda —dijo simpáticamente, bloqueándole a Marie la vista de Ali—. Qué frío hace todavía, ¿verdad?

Ali retuvo el aliento mientras pasaba el par cerca de ella, esperó hasta que ya no se oían sus voces, y entonces corrió hasta la puerta del aposento y se asomó.

—Tomad —dijo, entregando su carga a las doncellas—. La lady Sybil ya debería estar en la cama, ¿no os parece?

—Tengo que comer un poco más, creo —gimió Sybil débilmente desde su silla—. Para mantener las fuerzas.

Ali se tragó una palabrota. ¿Es que no se cansaban nunca esas tontas muchachas? Pero claro, cuando se fueran a la cama, ella tendría que irse a la cama también, y eso significaba un jergón en el entrante donde se había escondido.

Un lugar demasiado accesible para las investigaciones de Marie.

Suspirando se giró a cerrar la puerta y pegó un salto al ver a alguien en el corredor. Una sensación de alivio la recorrió toda entera al ver que sólo era la lady Isabeau.

—Milady —dijo.

—Ah, sir Henri —dijo Isabeau, inclinando la cabeza—.
¿Pesado el trabajo de hoy?

Ali negó con la cabeza. No el día, su vida en Maignelay podría haber sido mucho peor, y el que no lo hubiera sido se debía totalmente a la intervención de la mujer que tenía delante. Isabeau la había protegido, la había mantenido alejada de la liza, y lejos de la sala grande con la mayor frecuencia posible.

Y eso era una verdadera bendición cuando llegaban visitas.

Bueno, al menos podía decir que en entre esas visitas nunca figuró Colin de Berkhamshire. Nunca había ido a buscarla a Francia, y no había oído ningún rumor de que intentara hacerlo en el futuro. Tenía la ferviente esperanza de que hubiera renunciado a esperar que la encontraran y se concentrara en buscarse otra esposa. Seguramente pasado tanto tiempo ya estaría resignado a la idea de que dicha esposa no sería ella.

—¿Pesado? —repitió, obligándose a volver al presente—. No, milady. Tareas fáciles, de las que estoy muy agradecido.

—Nunca te quejas, ¿eh? —dijo Isabeau sonriendo—. Por eso, creo que te mereces una recompensa. Yo me encargaré de poner en la cama a Sybil. ¿Por qué no te vas a buscar la tuya ahora? Sin duda estarás despierto días y días en el viaje.

A Ali le extrañó que Isabeau estuviera tan tranquila, sin saber adónde enviaban a su hija ni si volvería a verla intacta. Tal vez tenía más fe en su marido que la que ella tenía en su padre. O tal vez simplemente se trataba de que Sybil no notaría si tenía un marido bueno o malo; no estaba dotada de una superabundancia de inteligencia. Además, era la última de ocho hijas. Tal vez Maignelay estaba contento de librarse de ella, de la forma más barata posible, y Sybil no esperaba de él algo más que eso.

—Creo que no viajarás por Francia —le dijo Isabeau en voz baja, demasiado baja para oírla con el bullicio del festín que se estaban dando en el interior del aposento.

—¿Milady? —preguntó Ali educadamente.

—Humbert quiere casarla en otra parte. En Inglaterra, sin duda.

Ali consideró eso. Bueno, al menos significaba que saldría de la humedad, a no ser que por una mala suerte el castillo de Sybil estuviera también a la orilla del mar. No, con suerte estaría en el interior del país, en un soleado trozo de tierra donde ella por fin podría quitarse el moho que parecía crecerle entre los dedos de los pies. Eso sería agradable, estar en un lugar donde pudieran crecer otras cosas, tal vez un castillo con un jardín...

Entonces cayó en la cuenta de la verdad. Podría estar cerca de las cosas, pero jamás podría disfrutarlas. De pronto vio toda su vida extendida ante ella, su vida como guardián de Sybil, siempre ocultando lo que era.

Eso la hizo desear meterse en su cama y no levantarse jamás de ella.

Pestañeó sorprendida al sentir que Isabeau le ponía algo en la mano. Sin palparlo demasiado notó que era una bolsa con monedas.

—Ve a Inglaterra —le dijo Isabeau dulcemente—, y cómprate una nueva vida, lejos de Francia, lejos del lugar donde Sybil llegue a quedarse. Ojalá tuviera más para darte, pero Humbert lo notaría.

Ali sintió caer la mandíbula como por voluntad propia.

—¿Milady?

—Vete —dijo Isabeau, indicándole la puerta—. Busca una cama en el establo, donde estés seguro.

—Pero...

—La lady Marie podría levantarse de la cama durante la noche, todos lo hacemos de vez en cuando, y creo que no te conviene encontrarte con ella. Qué mujer más desagradable, ¿no te parece?

Ali sólo pudo cerrar la boca y logró tragar saliva de una manera bastante parecida a la normal. Pero antes que pudiera decir algo más, Isabeau la hizo girar y la empujó fuera del aposento. La puerta se cerró firmemente, dejándola sin otra opción que hacer lo que la lady Isabeau le aconsejó.

Cogió un pequeño hatijo donde guardaba sus pertenencias de su puesto fuera de la habitación de las muchachas, y se dirigió al establo. Los mozos estaban bastante acostumbrados a verla, puesto que el establo era el lugar donde pasaba el rato cuando Sybil no tenía necesidad de sus servicios. El jefe de mozos le sonrió.

—Despedido por la nena, ¿eh?

—Eso podríamos decir —concedió Ali.

—Arriba, entonces —dijo el hombre, apuntando hacia el altillo—. Podrías desear una cama peor, sin duda.

Ali podría haber deseado una mucho peor, pero no lo dijo. Subió la escala, se acomodó en medio de la paja y se hizo un lugar bajo la ropa para guardar la pequeña bolsa de monedas que le habían dado. Cuando la abrió para contarlas, vio que dentro había algo más que monedas.

La nota era difícil de leer en la penumbra, pero lo consiguió. Ese don, el de saber leer, debía agradecerse a su padre, porque pese a las protestas de Marie, insistió en que la educaran junto con sus hermanos. Claro que había pagado el privilegio con el fastidio de Marie, pero esos eran recuerdos que valía más no examinar en esos momentos.

Mi querida Aliénore:

Acepta este oro y búscate un lugar para vivir lejos de aquellos que quieren hacerte mal. Ojalá hubiera podido ayudarte más, porque tu madre fue

mi querida amiga, y ha sido una alegría para mí tener la custodia de su hija durante este tiempo tan corto.

No le he contado a nadie tu secreto. Que te vaya bien, hija mía, y que Dios te conceda paz y seguridad.

Isabeau

Le costó leer las últimas palabras, principalmente porque las lágrimas le hacían borroso todo. Por todos los santos, ¿cómo lo supo Isabeau? Pero claro, fue Isabeau quien la encontró después que huyera de Solonge, medio muerta de agotamiento y de hambre, vestida con la armadura de su hermano, y haciéndose pasar por un caballero. Dadas las circunstancias, tal vez era tonto sorprenderse de la clarividencia de la mujer.

Pero si Isabeau la había reconocido, ¿la habrían reconocido otros también?

Se obligó a respirar con normalidad. Si otra persona la hubiera reconocido, ya la habría delatado hacía tiempo. De Isabeau podía fiarse, seguro; ¿no había hecho eso esos dos años, sin darse cuenta?

Volvió a meter todo en la pequeña bolsa. Por la mañana se escondería lo mejor posible en medio del gentío, tratando de evitar la mirada escrutadora de Marie, y luego cabalgaría tranquilamente en compañía de Sybil. Viajaría a Inglaterra y atendería a Sybil hasta que estuviera a salvo en manos de su futuro marido. Una vez cumplido su deber, se forjaría una nueva vida, tal como le decía Isabeau. Sí, una nueva vida, una vida en que pudiera andar libremente, lejos de Francia, sin miedo a ser descubierta, sin miedo a que le

enterraran un cuchillo entre las costillas. Una vida de paz y seguridad.

Cualquier tipo de vida, en realidad, sería una vida mucho mejor que la que habría llevado como esposa del hombre más temido de Inglaterra.